

ROXY

pilchas

desde 1947

Alta calidad
y servicios especiales

para

gnomos,

elfos,

fantasmas

y malevos



Del Barco Centenera 110
Primera Junta
Buenos Aires

“Un pensamiento que tiene la fortuna de expresarse es lo que soy”, dice de sí mismo el escritor argentino **CARLOS ENRIQUE BERBEGLIA**, creador para quien esa fortuna de la palabra está al servicio de su exigencia literaria sin concesiones. Su obra, varios libros de poesía, ensayo y narrativa, sigue creciendo en textos originales cada vez y ricos en conceptualizaciones, imágenes y acción. Su equilibrio dinámico de los componentes que habitan sus páginas producen interés atrapante en los lectores que siguen, aun después de la lectura, discutiendo o acordando con las propuestas.

BERBEGLIA es docente universitario de antropología y filosofía, docencia que sin duda ejerce con pasión e inteligencia.

No hay vacíos en el relato que se publica ya que como se verá de la acción contada sigue una reflexión y esta es el inicio de otro hecho adecuadamente eslabonado. Veámoslo.

Correspondencia con el autor:

Álvarez Jonte 6505
1408 - Buenos Aires

Escritores recién publicados:

EUGENIO CÉSAR BARGIELA	JULIÁN GUSTEMS
TERESA CARMEN FREDÁ	JOSEFINA LICITRA
CARMEN GARBARINO	VICTORIA de LORENZO
CARMEN HEBE TANCO	

Director de la colección :

CARLOS PENSA
Corrientes 2963 - 2º cpo. - 1º "G"
1193 - Buenos Aires - Argentina
Tel. y Fax: 88 - 2552 (las 24 hs.)

Distribución mundial (pídalo)

25

todo es **Cuento**[®] y

carlos enrique

Berbeglia

coleccionable

Mayo de 1995

c. e. **B.**

COMPULSION AL AMOR

El ruido del agua se desliza por la fuente. Detrás, la tarde se abstrae hacia sí misma y una mujer, con olor a lavandina entre las manos, que vuelve de su labor como doméstica en una casa de las cercanías, se acoda sobre la pared circular de contención del líquido que le refleja un rostro tenso y anodino.

Tangencial, un hombre, aproximadamente de cuarenta años, le sonríe, como buscando una complicidad más allá de lo sexual, intención de la que se apercebe la mujer al retirar su mano izquierda de la frente, próxima al coqueteo buscó acomodar el flequillo que se la oculta parcialmente e insinúa alguna sombra sobre sus expresiones.

—No se asuste—, dice el hombre. —Y gracias de antemano por oírme. Soy libretista de teatro y mi desgracia comenzó al escribir y llevar a la escena una obra **ofensora** del buen gusto de esta sociedad pacata. La denominé 'El Gran Héroe'. En ella, cuento las vicisitudes de un bioquímico que se pasa analizando orina para sobrevivir. En cierta oportunidad, de carambola, logra un cultivo bacteriano más letal que el cianuro y, casi de inmediato, el antídoto correspondiente para combatirlo.

—Con el descubrimiento y sus posibilidades al alcance de la mano no lo piensa dos veces y se dedica entonces a diseminar los bichos por los lugares más congestionados de la ciudad y otras urbes a las que viaja **ex profeso** para llevar a cabo la misma acción.

La enfermedad se extiende con tanta rapidez que, al poco tiempo, los organismos mundiales se ven obligados a declararla pandemia y a reconocer la inutilidad de los esfuerzos de la ciencia para controlarla.

Cuando la desesperación y la angustia llegan a su grado culminante, se presenta 'El Gran Héroe' ante los foros médicos internacionales con el remedio salvador. Por supuesto, coloca desinteresadamente la fórmula al alcance de los laboratorios, invitándolos a una producción de la droga que tenga más en cuenta al bienestar de la población que la propia ganancia.

Honores, dinero, mujeres, fama, entrevistas con los líderes políticos y religiosos que lo ponderan como paradigma humano, nada, de aquí en más, le está vedado.

La obra termina con el aplauso de los actores (que se tragan el anzuelo) al 'Gran Héroe', compitiendo con la ira e indignación del público que aplaude el trabajo actoral del conjunto sin cansarse de silbar al 'Gran Héroe' por su inmoralidad flagrante.

De esta manera, la obra de teatro denuncia la estupidez constitutiva de los hombres, incapaces de convertirse en espectadores críticos de sus propias actitudes".

La mujer lo observa con una fijeza tal, que el relator cae repentinamente en la cuenta de dos cosas: la primera, el haberse despachado ante alguien totalmente desconocido, sin calcular las consecuencias. La segunda: esa persona le presta una atención que no condice con la índole de su situación socio-cultural. Ella pregunta:

—¿Anda temiendo algo? ¿Por qué me cuenta a mí esas cosas?

El hombre entonces, apoyándose en uno de los endrinos del paseo cuya lenta sombra roza el banco de cemento sin respaldo que acoge a la mujer, contesta:

—No lo sé. Zahorí tampoco soy, pero usted me inspiró la confianza necesaria como para hacerlo. No soporto la atmósfera de la ciudad. Usted seguramente sabe. . . ¿Debería saberlo? —dice bajando la voz hasta volverla inaudible.

—¿Qué? No me deje con la intriga.

—El nuevo decreto que rige sobre las autopsias. Siempre me apesadumbró la tendencia de los hombres al control de cuanto hacen los demás. En ese sentido, la tecnología actual dio una ayuda formidable al gobierno. Con los últimos métodos descubren, en el cadáver, hasta los sentimientos o los deseos más íntimos o perversos que alimentaran, en vida, a su fantasía.

—De algo me enteré, pero no le dí importancia. Total, aunque me sonquen mentiras, ya estaré en otro sitio, inalcanzable para ellos. ¿Por qué no juzgan por lo que piensan a los vivos?

El hombre la miró con asombro antes de exclamar:

—¿Y por qué no se meten con sus propios pensamientos, si los tienen? El problema no atañe a los muertos, sino a sus descendientes. Tengo tres hijos, sabe, y una mujer maravillosa a quienes abandoné, todo por culpa de esa maldita obra que no justipreciaron las autoridades. Como cualquier sistema político dictatorial se empeñan en mostrar una ideología filantrópica y allí nos meten la falacia: quienquiera no piense o actúe como ellos está contra la humanidad. ¿Sabe de qué me tildaron? De antropofóbico.

—¿Por una simple obra de ficción?

—Sí, me precondenaron sin expulsarme del trabajo, pero me degradaron y mantienen en suspenso la denigración de mi familia hasta tanto yo fallezca. Entonces, la autopsiognosis, como la llaman, determinará mi grado de identificación con la tesis de la obra. Me quitará el embozo, descubriendo mis intenciones ocultas al escribirla o darla a conocer. Es espantoso. En todas partes me sindicán, porto un estigma. Estoy condenado a vivir y soportar mi vergüenza. ¡Calcule si me suicido! Me hallo civilmente marcado y variados tipos de muerte tantean el fin de mi existencia. Acudirán a mi cadáver como gusanos ávidos de conocimiento.

—Por eso es que. . .

—... ¿ya nadie piensa! Le tienen terror a la autonomía de la mente. El autocontrol es formidable. No se critica públicamente ni se manifiesta la disconformidad con el Sistema. Cumplen el requisito impuesto con hierro al rojo vivo: a-m-a-r, un imperativo desprovisto de envés. Nos convierten en esclavos con el cerebro tan lavado como una toalla vieja. Nunca supuse que el amor universal convertiría a los hombres en autómatas más grises que sus futuras cenizas.

Ahora la pequeña fuente se ilumina y su resplandor revela una plaza asimétrica y sin niños ni gente apresurada que la cruce. Con monotonía, la mujer retoma el hilo de la conversación.

—Vivimos bajo el imperio de la rueda. Se me ocurre que la gran mayoría de la gente teme ser pisada. Yo le tengo más temor a que me atrape y me obligue a girar convertida en uno de sus rayos o en parte de su llanta. Es un destino peor.

El asombro del hombre crece entonces incluso en contra de su propia voluntad, al parecerle increíble que una simple doméstica sea capaz de un razonamiento metafórico como el que acaba de oír. El halo de una sospecha incipiente comienza a desplazar sus prejuicios intelectuales. No obstante, se aviene a la prosecución del diálogo.

—Me pregunto por qué se ha dado esa torcedura del mundo por el lado del sufrimiento y lo opresivo, por qué se volcó la inteligencia hacia la infelicidad y la angustia y no fue capaz (¿o no quiso?) ingeniárselas para extender la fantasía más exquisita y delicada hasta las orillas de esta realidad para bautizarla con belleza y alegría. En el nombre del amor han enturbado las relaciones humanas como nunca antes aconteciera en la historia de esta vapuleada ciudad. Lo han trastocado todo: amamos lo que deberíamos odiar y tememos lo que más amamos. Rompieron los lazos naturales de la solidaridad humana.

De pronto, concluido el discurso, los solitarios protagonistas del diálogo comienzan a observarse con rara suspicacia. Un silencio de hielo se instala entre ambos que, con la misma brusquedad, quiebra la voz femenina, con una entonación entre admonitoria y desgarrada.

—Mire, creo que toda esa historia de la autopsiognosis es una burda mentira para cercarnos, manteniéndonos en vilo gracias a la mutua delación, el más antiguo y eficaz de los métodos de vigilancia. Hay agentes muy bien disimulados en cada vuelta de esquina, instruidos para escuchar y "amar". Por algunos gestos que usted no logró controlar me percaté de que se vuelve ocioso preguntarle si no se le ha ocurrido pensar que yo sea uno de ellos.

—¿Y en ningún momento se le cruzó por la cabeza acerca de mí la misma idea?

CARLOS ENRIQUE BERBEGLIA